

219.—*Del carácter adquirido de los griegos.*

Por la famosa claridad griega, por la transparencia, por la sencillez, la ordenación de las obras griegas, por lo que tienen de natural y de artificial á la vez, como si estuviesen hechas de cristal, nos dejamos fácilmente inducir á creer que todo eso se ha *concedido* á los griegos desde un principio; creemos, por ejemplo, que no podían menos de escribir bien, como una vez ha supuesto Fichtenberg. Pero no hay opinión más prematura y menos sostenible. La historia de la prosa, desde Gorgias á Demóstenes, revela un trabajo y una lucha para salir de la obscuridad, de la pesadez, del mal gusto, y llegar á la luz, hasta el punto de que hay que pensar en las peripecias de los héroes que trazan los primeros caminos á través de los bosques y los pantanos. El diálogo de la tragedia es el *hecho elevado* de los dramaturgos, porque es de una claridad y de una nitidez extraordinarias, siendo así que la disposición natural del pueblo tendía hacia la embriaguez del símbolo y de la alusión, que había alentado el gran lirismo del coro, así como fué el hecho elevado de Homero haber librado á los griegos de la pompa asiática y de los modales toscos, y haber llegado, en el conjunto y en el detalle, á la limpidez de la arquitectura. Decir algo de una manera pura y luminosa, no se consideraba como fácil; de donde vendría de otra suerte la gran admiración que se profesaba por el epigrama de Simónides, que se presentaba tan sencillo, sin puntas doradas y sin los arabescos del juego de vocablos; pero que dice lo que quiere decir, claramente, con la tranquilidad del sol, y no como el resplandor, con el rebuscamiento del efecto. Es griega la aspiración á la luz, viniendo en cierto modo de

un crepúsculo innato, y por eso el pueblo experimenta júbilo cuando escucha una sentencia lacónica, el lenguaje gnómico de la elegía ó los axiomas de los siete sabios. Por eso se amaban tanto los preceptos en verso que chocan con nuestro gusto, porque había allí, para el espíritu griego, una verdadera tarea apolínea, que tenía por objeto vencer los peligros del metro, las obscuridades que son, por otra parte, propias de la poesía. La sencillez, la flexibilidad, la claridad, se *adquieren por esfuerzo* del genio del pueblo; éste no las posee desde un principio; el peligro de un regreso á lo asiático se cierne siempre sobre los griegos y se creería en verdad que, de cuando en cuando, llegaba sobre ellos como un sombrío desbordamiento de impulsos místicos, de salvajismos y de obscuridades elementales. Los vemos hundirse; vemos á Europa arrollada y sumergida por la ola (porque Europa era entonces muy pequeña), pero vuelven siempre á la luz, siendo buenos nadadores y buenos buzos, ellos, el pueblo de Ulises.

220.—*Lo que es verdaderamente pagano.*

Acaso no hay nada más extraño para el que considera el mundo griego, que descubrir que los griegos ofrecían de cuando en cuando algo como fiestas á todas sus pasiones y á todas sus malas inclinaciones, y que hasta habían instituido, por vía de Estado, una especie de reglamentación para celebrar lo que era en ellos demasiado humano; es lo que hay de verdaderamente pagano en su mundo; algo que, desde el punto de vista del cristianismo, nunca podrá ser comprendido y será siempre violentamente combatido. Consideraban su «demasiado humano», como algo inevitable, y preferirían, en lugar de calumniarlo, concederle una es-

pecie de derecho de segundo orden, introduciéndole en los usos de la sociedad y del culto; hasta llegaban á llamar divino todo lo que tenía *potencia* en el hombre y lo inscribían en las paredes de su cielo. No niegan el instinto natural que se manifiesta en las malas cualidades, pero lo ponen en su lugar y lo restringen á ciertos días, después de haber inventado bastantes precauciones para poder dar á esa corriente impetuosa un derramamiento lo menos peligroso posible. Esa es la raíz de todo el liberalismo moral de la antigüedad. Se permitía una descarga inofensiva á lo que persistía todavía de malo, de inquieto, de animal y de retrógrado en la naturaleza griega; á lo que quedaba de barroco, de pre-griego y de asiático; no se aspiraba á la completa destrucción de todo eso. Abarcando todo el sistema de esas ordenanzas, el Estado no estaba constituido con referencia á ciertos individuos y á ciertas castas, sino con referencia á simples cualidades humanas. En su edificio, los griegos revelan ese sentido maravilloso de las realidades típicas que más tarde los hizo capaces de llegar á santos y á historiadores, á geógrafos y á filósofos. No era una ley moral dictada por los sacerdotes y las castas, la que tenía que decidir de la constitución del Estado y del culto del Estado, sino la atención universal á *la realidad de todo lo que es humano*. ¿De dónde derivaron los griegos esa libertad, ese sentido de lo real? Tal vez de Homero y de los poetas que le han precedido; porque precisamente los poetas, cuya naturaleza no es de las más justas ni de las más prudentes, son los que tienen ese gusto de lo real, del efecto *bajo todas sus formas*, y no tienen la pretensión de negar por completo el mal; les basta verlo moderarse, renunciando á querer destrozarlo todo ó á emponzoñar las almas, lo cual quiere decir

que son del mismo parecer que los fundadores de Estados en Grecia y que han sido los maestros y los precursores.

221.—*Griegos excepcionales.*

En Grecia, los espíritus profundos y serios eran las excepciones; el espíritu del pueblo tendía, por el contrario, á considerar lo que es serio y profundo como una especie de deformidad. Tomar las formas del extranjero; no crearlas, sino transformarlas hasta hacerles revestir la más bella apariencia; eso es lo griego: imitar, no para utilizar, sino para crear la ilusión artística, hacerse dueño de lo serio impuesto, ordenar, embellecer, nivelar; así, desde Homero hasta los Sofistas del tercero ó del cuarto siglo de nuestra era, todos los griegos no son más que exterioridad, palabras pomposas, gestas entusiastas, y no se dirigen más que á almas vacías, á vidas de artificios, de resonancia y de efectos. ¡Y al lado de eso apreciad en todo su valor á esos griegos de excepción que crearon las ciencias! ¿Quién de entre ellos narra la historia heroica del espíritu humano?

222.—*Lo que es sencillo no se presenta ni en primero ni en último lugar.*

En la historia de las representaciones religiosas nos formamos muchas veces una idea falsa sobre la evolución y el lento desarrollo de ciertas cosas que, en realidad, no han progresado simultáneamente y una por otra, sino simultánea y separadamente. Especialmente lo que es sencillo tiene la reputación de ser lo que hay de más antiguo y de haber existido desde un principio. Muchas cosas humanas nacen por sustracción y no precisamente por duplicación, adición y

confusión. Se cree siempre, por ejemplo, en un desarrollo gradual de la *figuración de los dioses*, desde los leños y las rocas informes, hasta lo alto de la escala, á una humanización completa; al contrario, mientras que la divinidad se transportaba y se adoraba en los árboles, los leños, las piedras, los animales, repugnaba darle forma humana, como si se temiese una impiedad. Son los poetas quienes, exentos del culto y del *pudor* religioso, han debido habituar y hacer accesible á eso la imaginación humana, pero cuando disposiciones más piadosas y momentos de fervor venían á predominar de nuevo, esta influencia liberadora de los poetas disminuía, y la santidad estribaba, antes como después, en lo espantoso y en lo inquietante, en lo que es verdaderamente humano. Sin embargo, la fantasía interior debe imaginar muchas cosas que, exteriorizadas en representaciones corporales, no dejarían de producir un esfuerzo penoso; es que la vista interior es mucho más audaz y mucho menos púdica que la vista exterior; de donde proviene esa conocida dificultad, esa semi-imposibilidad de transformar asuntos épicos en dramas. Durante mucho tiempo, la imaginación religiosa no quiere creer de ningún modo en la identidad del dios con una imagen; la imagen debe hacer aparecer el noumeno de la divinidad, activo y asociado á un lugar de cualquier manera, misteriosa y difícilmente imaginable. La más antigua imagen divina debe *albergar* al dios, y, *al mismo tiempo, ocultar*; indicar su presencia, pero no exponerla. Nunca, en su fuero interno, ha considerado un griego á su Apolo como una columna de madera, ni á su Eros como una masa de piedra; eran símbolos que debían precisamente causar *miedo* hacia la figura sensible. Lo mismo ocurre con ciertos troncos de madera cuyos

miembros se esculpían groseramente, exagerando groseramente el número de uno ó de otro; así, un Apolo lacónico tenía cuatro manos y cuatro orejas. En lo incompleto, apenas indicado, hay una santidad que hace temblar, que debe impedir que se piense en el hombre, en lo que se asemeja al hombre. Cuando se encuentra uno en un grado embrionario del arte, se producen tales formas; como si, en la época en que se adoraban esas imágenes, no se hubiese *podido* hablar más claramente y representar con más realidad. Al contrario, se temía ante todo una cosa: la expresión directa. Así como la *cella*, el lugar santísimo, oculta hasta el verdadero nombre de la divinidad, envolviéndola en una misteriosa semi-oscuridad, *pero no completamente*; así como el templo periptero oculta también la *cella*, garantizándola en cierto modo del ojo indiscreto, como con un velo protector, pero no completamente; así también la imagen *es* la divinidad y al mismo tiempo el escondrijo de la divinidad. Sólo cuando, fuera del culto, en el mundo profano de la lucha, la alegría que suscita el vencedor del combate, se elevó tanto que las ondas del sentimiento pasó sobre las olas del entusiasmo religioso; cuando la estatua del vencedor fué colocada en los muros del templo, y cuando el visitante se vió obligado, voluntaria ó involuntariamente, á habituar su vista y su alma á ese espectáculo inevitable de la belleza y de la fuerza *humanas*, de suerte que esa aproximación local hiciese confundirse en el espíritu la veneración por los hombres y los dioses; sólo entonces se perdió el temor que inspiraba la figura humana, en la imagen divina, y se abrió el enorme campo de actividad para la gran escultura. Sin embargo, siempre subsiste una restricción: que, dondequiera que se debe *adorar*, la antigua

forma de fealdad, se ha conservado y se ha imitado escrupulosamente. Pero la Elena que *santifica* y *da* en abundancia, puede desde luego seguir, en toda su beatitud, la alegría de dejar á Dios hacerse hombre.

223.—*Adónde hay que ir de viaje.*

La observación directa de sí mismo no basta para aprender á conocerse: tenemos necesidad de la historia, porque el pasado precipita sobre nosotros sus mil ondas: nosotros mismos no somos otra cosa que lo que sentimos á cada momento de esta continuidad. Cuando queremos remontar el río de lo que nuestra naturaleza posee en apariencia de más original y de más personal, tenemos que recordar el axioma de Heráclito: no se vadea dos veces el mismo río. Es una verdad que, aunque aflojada, permanece tan viva y fecunda como en otro tiempo, del mismo modo que esta otra verdad de que, para comprender la historia, hay que investigar los vestigios vivos de épocas históricas (es decir, que hay que *viajar*, como viajaba Herodoto é ir por las naciones), porque éstas no son más que *escalones* fijos de *culturas* antiguas en los cuales puede uno *colcarse*; hay que introducirse sobre todo en los pueblos llamados salvajes y semí-salvajes, en que el hombre se ha quitado el traje de europeo ó todavía no se lo ha puesto. Pero hay un arte de viajar todavía má *sutil*, que no exige siempre que se vague de lugar en lugar y que se recorran millares de kilómetros. Es muy probable que podamos encontrar todavía *en nuestra vecindad* los tres últimos siglos de la civilización con todos sus matices y todas sus facetas: solo se trata de *descubrirlas*. En ciertas familias y aun en ciertos individuos las capas se superponen exactamente: además, hay en las rocas fracturas y fragmentos. En los

paises remotos, en los valles inaccesibles de las comarcas montañosas, han podido conservarse ejemplos venerables de sentimientos muy antiguos: se trata de encontrar sus vestigios. Por el contrario, es poco probable que en Berlín, verbigracia, donde el hombre viene al mundo trasudado y lavado de todo sentimiento, pueden hacerse esos descubrimientos. El que, después de un largo aprendizaje en este arte de viajar, ha acabado por convertirse en un Argos de cien ojos, acabará por poder acompañar á todas partes ó su *Yo* (quiero decir su *ego*) y encontrar en Egipto y en Grecia, en Bizancio y en Roma, en Francia y en Alemania, en la época de los pueblos nómadas y de los pueblos sedentarios, durante el Renacimiento ó la Reforma, en su patria y en el extranjero, y hasta en el fondo del mar, en el bosque, en las plantas y en las montañas, las aventuras de este ego que nace, evoluciona y se transforma. Así, el conocimiento de sí mismo se convierte en conocimiento universal, con respecto á todo lo que es pasado: del mismo modo que, según un encadenamiento de ideas que solo he de indicar aquí, la determinación y la educación de sí mismo, tales como existen en los espíritus más libres, de mirada más amplia, podrían convertirse un día en determinación universal, con respecto á toda la humanidad futura.

224.—*Bálsamo y veneno.*

Nunca se podrá profundizar bastante esta idea: el cristianismo es la religión propia de la antigüedad *envejecida*; necesita como condición primaria, antiguas civilizaciones degeneradas, sobre las cuales obra y sabe obrar como un bálsamo. En las épocas en que los ojos y los oídos están «llenos de basura», hasta el

punto de que no perciben la voz de la razón y de la filosofía, no entienden la sabiduría viviente y personificada, ya lleve el nombre de Epicteto, ya el de Epicuro: la cruz de los mártires y «y la trompeta del juicio final» bastarán tal vez para producir efecto y decidir á esos pueblos á un fin conveniente. Piénsese en la Roma de Juvenal, en ese sapo venenoso con ojos de Venus, y se comprenderá lo que significa alzar una cruz ante «el mundo»; se venerará á la tranquila comunidad cristiana y se le agradecerá el haber invadido el suelo grecoromano. La mayoría de los hombres de esa época nacían con el alma saciada, con los sentidos de un viejo: era, por consiguiente, un beneficio encontrar esos seres que eran más alma que cuerpo y que parecían realizar esa idea griega de las sombras del Hadés: formas tímidas y ridículas, escurridizas y benignas, en expectativa de una «vida mejor», lo que las había hecho tan modestas y les había dado una paciente altivez y un desprecio silencioso. Este cristianismo, considerado como el toque de agonía de la buena antigüedad, sonado por una campana hendida y fatigada, pero de un sonido melodioso; ese cristianismo, aun para el que ahora examina esos siglos desde el punto de vista histórico, es un bálsamo para el oído; ¡qué época! Por el contrario, el cristianismo fué un veneno para los pueblos jóvenes y bárbaros: inculcar, por ejemplo, en las almas de los antiguos germanos, esas almas de héroes, de niños y de bestias, la doctrina del pecado y de la condenación, ¿qué otra cosa es sino envenenarlas? Una formidable fermentación y descomposición química, un desorden de sentimientos y de juicios, una irrupción y una exuberancia de las cosas más peligrosas: tal fué la consecuencia necesaria de todo eso y, más tar-

de, un debilitamiento completo de esos pueblos bárbaros. Sin ese debilitamiento, ¿qué nos quedaría de la cultura griega? ¿Qué de todo el pasado civilizado de la raza humana? Porque los bárbaros á quienes aún no se había inoculado el cristianismo, sabían perfectamente hacer tabla rasa de las antiguas civilizaciones, como lo han demostrado, por ejemplo, con espantosa evidencia, los conquistadores paganos de la Gran Bretaña romanizada. El cristianismo ha debido ayudar, mal de su grado, á hacer inmortal el «mundo» antiguo. Ahora bien; queda en pie una nueva cuestión: sin este debilitamiento por el veneno de que he hablado, uno ú otro de esos pueblos jóvenes, por ejemplo, el alemán, ¿hubiera sido capaz de crearse poco á poco una cultura superior, una cultura nueva que le hubiera sido propia, una cultura de que, por consiguiente, la humanidad no tuviera idea remota? Ocurre en esto lo que en todo; no se sabe, para hablar á la manera cristiana, si Dios debe estar agradecido al diablo ó el diablo agradecido á Dios de que haya pasado esto.

225.—*La fe salva y condena.*

Un cristiano que se extravía en ratiocinios prohibidos podría preguntarse alguna vez: ¿Es necesario que haya realmente un Dios y también un Cordero que quite los pecados del mundo, si la fe en la existencia de esos seres basta ya para producir el mismo efecto? ¿No son seres *superfluos* en el caso en que verdaderamente existiesen? Porque todo lo que la religión cristiana da al alma humana de bienhechor, que consuela y perfecciona, como la que entristece y destruyó, proviene de esta creencia y no del objeto de esta creencia. Sucede con esto exactamente lo mismo

que con el célebre caso; puede afirmarse que nunca hubo brujas, pero los terribles resultados de la creencia en la brujería han sido los mismos que si realmente hubiera habido brujas. Para todas las ocasiones en que el cristiano espera la intervención de un Dios, pero la espera en vano, porque no hay Dios; su religión tiene bastante inventiva para encontrar subterfugios y razones de tranquilidad; en eso es seguramente una religión llena de ingenio. A decir verdad, la fe todavía no ha conseguido traspasar verdaderas montañas, aunque eso lo afirmase no sé quién; pero sabe colocar montañas donde no las hay.

226.—*Tragicomedia de Ratisbona.*

Se puede observar aquí y allí, con espantosa precisión, la bufonería de la fortuna, que, en pocos días, en un solo punto, hace de los impulsos y de las fantasías de un solo individuo la cuerda en la cual quiere hacer bailar á los siglos venideros. Así, el destino de la historia moderna en Alemania se ha jugado durante las jornadas de la disputa de Ratisbona: el desenlace pacífico en las cosas eclesiásticas y morales, sin guerra de religión y sin contrareforma, parecía asegurado, así como la unidad de la nación alemana. El espíritu profundo y dulce de Contarini cerníase durante un momento victoriosamente sobre las disputas teológicas, dando así un ejemplo de la piedad italiana, esa piedad que llevaba en sus alas la aurora de la libertad intelectual. Pero el cerebro obtuso de Lutero, lleno de sospechas y de temores siniestros, se retrajo: siendo así que la justificación por la gracia había sido su mayor descubrimiento y le parecía como su artículo de fe, no creyó en ese axioma en boca de los italia-

nos: mientras que éstos, como todos saben, lo habían divulgado mucho más pronto y sin ruido á través de toda Italia, Lutero vió en este acuerdo aparente, las artimañas del demonio é impidió la obra de paz, en la medida de sus fuerzas; con lo cual dió gran impulso á las intenciones de los enemigos del Imperio. Ahora bien; para aumentar esta impresión de una farsa espantosa, no hay que olvidar que ninguno de los axiomas que entonces se discutían en Ratisbona tenía visos de realidad, ni el del pecado original, ni el de la salvación por medio de los intercesores, ni el de la justificación por la fe, y que hoy no pueden discutirse. Y sin embargo, á causa de esos artículos de fe, el mando luchó á sangre y fuego. Se combatió, pues, por opiniones que no corresponden á nada concreto ni real; en cambio, pudiera permitirse una controversia á propósito de cuestiones puramente filológicas, por ejemplo, las palabras sacramentales de la santa cena, porque en este caso existe una verdad. Pero donde no hay nada, la misma verdad pierde sus derechos. En resumidas cuentas, no se puede decir otra cosa sino que entonces han brotado *manantiales de fuerzas*, tan rebosantes, que sin ellos todos los molinos del mundo moderno se hubieran movido con menor rapidez. Y, ante todo, lo que importa es la fuerza, y después, sólo después, la verdad, pero muy después, ¿no es eso, mis queridos hombres de hoy?

227.—*Errores de Goethe.*

Goethe es la mayor excepción entre los grandes artistas, porque no vivió en el círculo limitado de sus medios verdaderos, como si éstos debiesen ser para él mismo y para el mundo entero lo que hay de esencial

y distintivo, de absoluto y de supremo. Creyó dos veces poseer algo superior á lo que realmente poseía, y las dos veces se engañó. Se engañó en la *segunda* parte de su vida, cuando parecía estar muy penetrado de la convicción de ser uno de los mayores reveladores *científicos*. Y ya en la *primera* parte de su vida quiso exigir de sí mismo algo superior á lo que le parecía ser la poesía; y éste ya fué un error. Se imaginó que la naturaleza había querido hacer de él un artista *plástico*. Ese fué su gran secreto íntimo y ardiente que le indujo por fin á partir para Italia, donde quiso realizar esa ilusión y hacer por ella todos los sacrificios. Por fin se dió cuenta, él, que era el hombre reflexivo, francamente enemigo de todos los falsos espejismos, que el duende engañador de un mal deseo era el que le había sugerido la creencia en esta vocación, que le era necesario desprenderse y *despedirse* de la mayor pasión de su voluntad. La convicción dolorosa de que era necesario *despedirse*, está perfectamente expresada por el estado de alma de Tasso: sobre ese «Werther más intenso», ciérrase el presentimiento de algo peor que la muerte, como si alguien dijese: «Esto ha terminado ahora..., después de este adiós, ¿cómo se podría continuar viviendo sin volverse loco!» Estos dos errores fundamentales de su vida dieron á Goethe, en frente de una consideración puramente literaria de la poesía, tal como el mundo la conocía entonces, una actitud tan libre de toda prevención y tan arbitraria. Excepto en la época en que Schiller (el pobre Schiller, que no tenía tiempo y no dejaba tiempo) le hizo salir de esta feroz abstinencia ante la poesía, de este temor hacia todo espíritu y hacia todo oficio literario, Goethe parecía un griego que visita de cuando en cuando á su amante, sin sa-

ber, á punto fijo, si es una diosa á quien no sabe dar su nombre verdadero. Toda su obra poética se resiente de este desfloramiento íntimo de la naturaleza; los rasgos de sus fantasmas que se agitaban ante sus ojos (y acaso creyó siempre estar pisando las huellas de las metamorfosis de una diosa), convirtiéronse, involuntariamente para él, en los rasgos de todos los hijos de su arte. Sin *el rodeo del error* no hubiera llegado á ser Goethe: es decir, el único alemán artista de la palabra que aún no ha envejecido; porque por oficio no quería ser ni escritor ni alemán.

228.—*Los viajeros y sus grados.*

Hay que distinguir cinco grados entre los viajeros: los del primer grado, que es el grado inferior, son los viajeros que *se ven* (á decir verdad, *se les hace viajar* y son ciegos en cierto modo); los siguientes, son los que miran verdaderamente el mundo; en el tercer grado, le *ocurre* algo al viajero á consecuencia de sus observaciones; en el cuarto, los viajeros retienen lo que han vivido, y continúan llevándolo en sí; y, por último, hay algunos hombres de una fuerza superior que, necesariamente, acaban por sacar á luz lo que han visto, después de haberlo vivido y de habérselo asimilado; entonces reviven sus viajes en obras y en acciones, cuando han vuelto á su casa. Semejantes á esas cinco categorías de viajeros, todos los hombres atraviesan la gran peregrinación de la vida; los inferiores, de una manera puramente pasiva; los superiores, como hombres de acción que saben vivir todo lo que les sucede, sin guardar en sí un excedente de acontecimientos interiores.

229.—*Al subir más arriba.*

Desde el momento en que se sube más arriba que los que os han admirado hasta entonces, éstos os tienen por caído y fracasado, porque se imaginaban estar á la altura de todas las circunstancias.

230.—*Medida y medio.*

Vale más no hablar nunca de dos cosas muy superiores: la medida y el medio. Solo unos cuantos conocen la fuerza y saben reconocer sus indicios en los senderos misteriosos de los acontecimientos y de las evoluciones interiores: veneran en ellas algo divino y temen hablar en voz muy alta. Los demás hombres apenas escuchan cuando se hace alusión á eso, y se figuran que se trata del tedio y de la mediocridad. Exceptúanse, quizá, los que han percibido un murmullo que viene de ese reino, pero que se han tapado los oídos para no oírlo. El recuerdo de eso les enfada y les irrita.

231.—*Humanidad en la amistad y en el magisterio.*

«Si tú escoges la izquierda, yo tomaré la derecha; si tú tomas la derecha, yo iré por la izquierda.» Ese sentimiento es el signo superior de la humanidad en sus relaciones íntimas; donde él no existe, toda clase de amistad, toda veneración de discípulo y de pupilo, acaban por convertirse en hipocresía.

232.—*Las profundidades.*

Los hombres de pensamientos profundos, en sus relaciones con los demás hombres, dan siempre la impresión de cómico, porque se ven obligados, para ser comprendidos, á simular una superficie.

233.—*Para los que desprecian «la humanidad de rebaño».*

El que considera á la humanidad como un rebaño, y huye ante ella, en cuanto pueda será atacado por ese rebaño, que le dará cornadas.

234.—*Principal defecto para con los vanidosos.*

El que en sociedad da á otro ocasión de exhibir favorablemente su ciencia y su experiencia, se pone por encima de él, y, en el caso en que el otro no reconozca absolutamente su superioridad, comete un atentado contra su vanidad creyendo satisfacerla.

235.—*Decepción.*

Cuando una vida bien vivida y una gran actividad que se ha manifestado por medio de discursos y escritos dan á una persona un testimonio público, se siente uno, por lo general, desilusionado en sus relaciones con esta persona, por dos razones: primera, porque se espera demasiado de relaciones que se extienden á un lapso de tiempo muy corto (y que sólo podrían hacer visible mil relaciones de la vida); segunda, porque aquel cuyo talento se reconoce no se toma la molestia de hacerse apreciar detalladamente. Es demasiado perezoso; y nosotros somos demasiado impacientes.

236.—*Dos causas de la bondad.*

Tratar á todos los hombres con una benevolencia igual y prodigar la bondad sin distinción de personas: eso puede ser lo mismo la expresión de un profundo desprecio de los hombres, que la expresión de un sincero amor hacia ellos.